

César Uriel Hernández, de la Osinjuve: "La música pide cómo ser interpretada"

por José Noé Mercado

A este joven director de orquesta no le agrada recibir el mote de *maestro* ni que le hablen de usted. No lo requiere, porque quizá parte de su irreverencia consiste en dejar de lado las solemnidades que suelen tapizar el ambiente de la música clásica y la ópera. "Algunos de mis profesores y amigos ya me regañaron. Me dicen que debo aceptar ese título. Pero a mí me gusta decir simplemente que soy César Uriel Hernández."

El actual director titular de la Orquesta Sinfónica de la Juventud de la Ciudad de México se presenta así en esta entrevista en exclusiva para los lectores de *Pro Ópera* y se recuerda como un niño y adolescente entusiasta que ha deseado aprender y comprometerse con su labor artística. "He sido un estudiante de música desde muy joven, un melómano irredento, un asistente común a los conciertos, alguien preocupado por la calidad musical, por la enseñanza, por el hacer bien la música", asegura.

¿De dónde surgió ese interés por la música y su creación?

Mi interés musical lo expreso como una inquieta necesidad de contribuir. Creo que Maurice Ravel definía perfectamente la creación musical cuando decía que, más allá de teorías, de frías y escuetas definiciones de tradición, bien-hechura, perfección y estética, la música se traza con sentimientos y expresa algo sensible. Opino que, como músicos, tenemos en nuestro trabajo una responsabilidad con la realidad actual: hacer, desde lo bien hecho, desde la música con una calidad interpretativa, una estructura sólida que exprese, que mueva. Por tanto, uno de mis intereses es, desde la creación musical, recordarles a mis colegas la responsabilidad que tienen como artistas de hacer bien la música y expresar con ella algo más grande que la frivolidad de sólo interpretar por un aplauso o por un jugoso sueldo.

Tomando en cuenta esa perspectiva, mi interés personal no es definir mi carrera musical, si todo va tan bien como hasta ahora, yendo a dirigir conciertos, hacer ensayos y asistir a cocteles. Me interesa que, desde la creación musical, podamos trabajar en otros ámbitos, en otras disciplinas, en otros escenarios, donde a veces es más importante nuestra sensibilidad como seres humanos que la música misma.

¿De qué manera descubriste que tu lugar estaba en el podio y empuñando una batuta?

Antes siquiera de desear ser director, la música llegó a mi vida. En casa el bolero era el pan de cada día, y gracias a mi familia, especialmente a mis padres y a mis padrinos, Mario y Silvia, tuve mi primera guitarra y las primeras lecciones musicales. A los seis años ingresé en la Escuela de Iniciación a la Música de la que siempre ha sido mi *alma mater*: el Centro Cultural Ollin Yoliztli. Cursé mi ciclo inicial, los primeros ocho años, estudiando tanto música mexicana como guitarra clásica. Pero lo de la dirección orquestal me llegó a los diez años de edad, cuando cotidianamente un maestro solía programar *Carmina Burana* con un coro multitudinario de padres de familia. Me tocó ir a cantar a una de esas infinitas ocasiones en el coro de niños y ver el trabajo de ese maestro, Ulises Martínez Oropeza, realmente me cautivó. Hacía música con las manos y eso me movió de una forma inexplicable.

No sé si era más que obvia mi impresión, porque el propio maestro

"Es responsabilidad del director crear una versión propia de esas obras interpretadas durante tantos años y en tantas formas y texturas distintas"



me regaló una batuta y me enseñó a hacer un esquema de cuatro cuartos; me llevó a conocer a quien sería mi mentor y me ayudó a dirigir mi primer concierto. Cursé el ciclo medio en Contrabajo con el maestro Francisco Zarabozo, de la Filarmónica de la Ciudad de México, con la misma idea de ser director; y finalmente ingresé en la cátedra del maestro Gonzalo Romeu, quien es también maestro del queridísimo amigo Iván López-Reynoso.

¿En qué consiste el trabajo de un director de orquesta? ¿Qué te interesa buscar a través de tu batuta y cómo tratas de encontrarlo?

Un director de orquesta es, en palabras de un querido amigo, el mediador entre el compositor, la orquesta y, yo agrego, el comportamiento de la música misma. Porque la música se comporta y pide cómo ser interpretada. Nuestro trabajo es descifrar una partitura, gestualizarla, comprenderla y hacernos una idea de lo que deseamos que suene de ella. Hay que decirlo: el noventa por ciento de la música que interpreta una orquesta lleva más de doscientos, cien, ochenta, treinta años de ser interpretada; es responsabilidad del director crear una versión propia (no necesariamente innovadora; la innovación no es sinónimo de calidad o de trabajo bien logrado) de esas obras interpretadas durante tantos años y en tantas formas y texturas distintas.

¿Cuáles son tus expectativas como director, cómo se compaginan ellas con tu vida personal, y de qué manera te gustaría llevar tu trayectoria profesional?

Creo que tal pregunta la debo responder desde mi perspectiva del cómo debe estudiarse la dirección de orquesta. Para mí, un director no solamente dirige. Debe existir un estudio personal del

comportamiento humano, un estudio filosófico, literario, culinario, social, político, diplomático. Creo que un director debe conocer más que su medio para desarrollarse como tal. Ello compagina perfectamente con mi *modus vivendi*, pues adoro leer filosofía, leo cuanto puedo, escribo, escucho música, participo en ensambles, como, bebo, busco. Y algo importante: creo necesario enterarse de lo que sucede en el mundo, porque como dice el maestro Zubin Mehta: dirigir Beethoven, Mahler, Mozart, y no saber lo que sucede en el mundo es símbolo de escapismo, de incertidumbre, de indiferencia y frivolidad.

Mis expectativas personales inician por hacer un buen trabajo en mi empleo actual como concertador y titular de una orquesta juvenil. Porque si los músicos jóvenes son quienes ocuparán los atriles profesionales en unos años, creo que deben, debemos, llegar preparados para asumir ese papel.

Después de eso planeo seguir estudiando cuanto me sea posible y cuanto la economía me lo permita. Lamentablemente no soy de familia de músicos, ni tengo mecenas o agencias que respalden mi trabajo. Por tanto, como dice el poeta, "hago mi camino al andar". Busco realmente ser habitual en orquestas, aquí y fuera; pero también me gustaría participar activamente en la vida política de mi país en la trinchera cultural que tanta ayuda necesita. Me gustaría compaginar mi pasión por la diplomacia con mi carrera musical, porque México puede ser representado en el extranjero por su gente y es necesario que asumamos cabalmente tal responsabilidad.

Sé que tienes un aprecio particular por la voz humana. ¿Puedes hablarme de tu relación personal y profesional con la voz y la ópera?

Si la música es un lenguaje abstracto, por obvias razones la música cantada es un lenguaje que literaliza en mejor medida el mensaje y la belleza que emite. Tengo singular aprecio por la voz humana porque los conciertos que más he disfrutado en mi carrera, antes de ser un director en activo, han sido cantando en un coro. Soy tenor, por cierto. El coro representa una paleta de colores que difícilmente puede ser emulada por la orquesta o los instrumentos en general. La voz es parte imprescindible tanto de mis proyectos personales como de mi forma de trabajo. Me dijo un maestro que un músico que no canta lo que toca es un músico de desperdicio. Además, adoro trabajar con cantantes, acompaño colegas cantantes comúnmente, y me agrada trabajar con ellos; por tanto, mi vínculo con la voz es íntimo y me llena de enormes satisfacciones.

La ópera es tema aparte. Como espectador, voy y escucho cuantas óperas puedo. Confirmando lo que en el romanticismo se dijo en torno a que la ópera es la madre de todas las bellas artes. Aunque mi deseo no es ser director operístico por entero, o ser titular en un teatro de ópera, deseo concertar algunos títulos a lo largo de mi carrera.

Háblame de la Orquesta Sinfónica del Instituto de la Juventud de la Ciudad de México, de la que eres director desde agosto de 2016.

La Osinjuve está actualmente integrada por 25 jóvenes de distintas escuelas de música de la Ciudad de México y también por chicos de otras disciplinas que son entusiastas musicales y han demostrado un nivel para ser parte de ella. Pertenece al Instituto de la Juventud de la Ciudad de México y, en su calidad de ensamble musical de una institución juvenil gubernamental, tiene como eje rector el desenvolvimiento social y artístico de la juventud a partir de la música. Nos presentamos dos veces al mes en distintos espacios de la ciudad y próximamente en nuestra nueva sede de conciertos, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

¿Cuál consideras que es el papel de una orquesta juvenil o de entrenamiento para nuestro panorama cultural?

Para mí, una orquesta juvenil es un semillero de oportunidades para los chicos que las integran. Lamentablemente, no todas las orquestas juveniles son formativas o dejan en los músicos las enseñanzas suficientes. Y, peor, algunas orquestas juveniles no hacen más que reforzar el prejuicio de que a los jóvenes sólo nos interesa cobrar



"Un director de orquesta es, en palabras de un querido amigo, el mediador entre el compositor, la orquesta y, yo agrego, el comportamiento de la música misma"

y no trabajar con calidad. Existen muchas orquestas juveniles, y no cometeré la indiscreción de endiosar a mi ensamble y denostar ensambles ajenos, como suelen hacer muchos colegas.

Lo que deseo comentar sobre este tema es que no se nos debe olvidar a los directores que la calidad debe estar por encima de los intereses mezquinos de reconocimiento personal. Que los músicos deben aprender a ser seres humanos comprometidos, no parásitos asalariados que van en pos del ensamble que les ofrezca momentáneamente mejores oportunidades. Al final, ¿qué culpa tiene la música?

Admiro el trabajo de todos mis colegas por igual, quienes están frente a una orquesta juvenil. Pero lamentablemente no todos agarran "al toro por los cuernos". No todos asumen el compromiso que implica ser un director de orquesta formativa; desean desafortunadamente que el nivel de su ensamble crezca poniendo obras complejas, programas eternos, conciertos intocables, en lugar de ir paso a paso, programando obras originales que vayan despertando en sus ensambles la calidad y vayan trabajando la riqueza técnica que los ensambles deben tener.

Una orquesta juvenil es un campo de entrenamiento, y creo que, como tal, quienes estamos al frente de ellas, debemos tener la responsabilidad de hacerlas crecer y fortalecerse.

¿Cuál es tu lectura del ámbito orquestal mexicano?

Es territorio incierto. Las orquestas nacionales pasan por un momento realmente curioso: se enfrentan semana a semana a públicos cada vez más diversos. Ya no son noches llenas de melómanos que abuchearíamos a un director si despedazara nuestra sinfonía favorita, porque al menos cada semana llega un joven, un adulto, un niño, que nunca había pisado una sala de conciertos. Ello no debería ser garantía para las orquestas de que, toquen el bodrio que toquen, la gente les aplaudirá hasta el paroxismo (aunque a veces lo es), sino que debería ser una razón por la cual un concierto debe ser de calidad superior, para que los nuevos adeptos vuelvan comúnmente.

En cuanto al ambiente actual y la inclusión de jóvenes como yo, también lo percibo más que incierto. Lamentablemente veo que se programa a muy pocos jóvenes en las orquestas nacionales. Pocos titulares apuestan por nuevos talentos. ¿Una buena solución? Que los titulares, o quienes están ya subidos en el barco, nos enseñen qué debemos y qué no debemos de hacer como jóvenes creadores. Abrir más espacios, "darnos chance", así sea para pasar una obertura o un vals o una polka, y hacer cursos que no cuesten un hígado y dos riñones. ●